

## ***Ejemplo de excepción***

**Kepa Aulestia** (LA VANGUARDIA, 05/04/05)

El paulatino y público deterioro de la salud de Juan Pablo II y su conversión en un modelo para aguardar la muerte habían suscitado inquietud y polémica tanto entre los católicos como en la opinión pública en general. Inquietud y polémica que han desaparecido completamente tras conocerse el fatal desenlace, orilladas por el general reconocimiento de su figura de líder y de su personalidad, protagonista universal en el último cuarto del siglo XX. Pero si destacable ha sido su mandato al frente de la Iglesia de Roma, su peripecia vital durante los últimos meses de vida ha sido un ejemplo de excepción. En otras palabras, por sobrehumano ha sido todo menos un ejemplo. A las voces que sugerían e incluso reclamaban la renuncia del Papa a su pontificado por razones de salud, Juan Pablo II respondió con la firmeza de quien había vinculado su misión en la Tierra a la de su propia permanencia en ella. Pero eso que él ha podido hacer no podría seguirlo nadie como ejemplo. Ningún ser humano cuya función no sea la del liderazgo espiritual y por tanto simbólico podría mantenerse al frente de ninguna organización, de ninguna actividad pública, mientras su salud sufre tan grave quebranto. Al vincular la no renuncia a la vida -la prolongación de ésta hasta que "Dios se lo lleve a su lado"- al mantenimiento de su papel al frente de la Iglesia católica, Juan Pablo II o sus intérpretes han tratado, a la vez, de realzar una biografía irrepetible y de establecer un canon. Lo discutible es que ésa deba ser la pauta moral que guíe a los creyentes hasta sus últimos minutos de vida y que comprometa además a sus allegados para que acompañen con su propio sacrificio esa opción.

Dos hechos informativos han propiciado que en estas últimas semanas pasásemos de la muerte como una realidad hurtada a los ojos de la sociedad actual a la muerte como acontecimiento mediático: el deterioro físico y la agonía de Juan Pablo II y el final pleiteado de Terry Schiavo. En las sociedades postindustriales la muerte ha sido apartada de nuestra vista y, especialmente, de la vista de los más jóvenes. Y éste es un mal que nos aqueja y que contribuye a que nos volvamos menos humanos. Sin embargo, como si pasásemos al otro extremo, en la era del espectáculo corremos el riesgo de recuperar la relación con la muerte de forma obscena e incluso morbosa. Pero sobre todo guardando respecto a ella la distancia que procura la pantalla del televisor, propicia a la desinformación en un aspecto tan sensible. Porque es necesario observar que ese ser a cuyo agónico final hemos asistido o ese rostro de niña de perenne sonrisa que se nos ha quedado grabado no parecían de nuestra misma condición humana. El uno ha acabado representando al superhombre y la otra a la infamujer. En ambos casos se han cometido excesos en la interpretación de lo que sus rostros reflejaban. Probablemente se ha confundido la rabia contenida de un Pontífice que se sentía impotente ante los efectos del parkinson con el dolor físico. De forma absurda y en el fondo cruel, se ha llegado a identificar el rictus risueño en el estado vegetativo crónico de Terry como un gesto vital alegre.

Pero más inquietantes han sido ciertas conclusiones. La afirmación de que el dolor es una característica del ser humano ha llevado a los exegetas del sacrificio a subrayar esta faceta en la conducta del Papa Wojtyla. Por eso conviene recordar que si alguna característica merece en todo caso reivindicarse como humana es la razón; y es precisamente la razón lo que nos permite mitigar el dolor físico y afrontar los otros dolores que padecemos los seres humanos. Como conviene recordar

que no es preciso creer en la vida eterna para afrontar la muerte con valentía. La razón humana tiene que ver y mucho con el descubrimiento de la muerte como episodio inevitable, tal y como testimonian a diario nuestros moribundos no creyentes. De ahí que la conversión de los ejemplos de excepción en modelos de vida -en modelos para el final de la vida- constituye sencillamente una aberración que entra en conflicto con la realidad, atenta contra la libertad de conciencia y violenta de forma inadmisibile ese instinto -es de suponer que tan humano como animal- que nos lleva a retirarnos discretamente en busca de un final propio e intransferible.

Quizá con un poco de suerte el hecho de que la atención del mundo acabe fijándose en algo tan prosaico como las esferas de poder e influencia en el seno de la Iglesia católica logre evitarlo. Pero es posible que, gracias al impacto de la agonía retransmitida, surjan predicadores y promotores de la última liturgia, del final de la vida, indicándonos cómo debemos esperar la muerte o, cuando menos, subrayando la insignificancia moral del resto de los mortales, incapaces de mantenerse de pie y en público hasta poco antes del último latido. Georges W. Bush aprovechó su pésame por la muerte de Juan Pablo II para establecer, a modo de admonición, la obligación que afecta a los *fuertes* para con *la vida de los débiles*. Es de suponer que Bush evalúa la fortaleza en función de la capacidad y de la disposición que un determinado liderazgo político o moral muestre para dictar las normas de conducta que han de seguirse en las lindes entre la vida y la muerte. Así, podría darse el caso de que unas *voluntades anticipadas* determinadas sean consideradas por los fanáticos de la vida -de esa vida- como muestra de debilidad y sus redactores, acreedores a la inquebrantable tutela por parte de los fuertes. O que todo consenso científico que describa las mencionadas lindes pueda ser rechazado por débil. Las sociedades libres seguirán debatiendo mientras existan todas estas cuestiones. Pero el debate será tal siempre y cuando no acabe sometido al dogma de quienes pretenden convertir los ejemplos de excepción en modelos que seguir.